

EL DESCUBRIDOR DEL LLANO Y LOS LLANEROS

Dr. GONZALO RESTREPO JARAMILLO



“Es indudable que Boves, el oscuro vendedor de jáquimas y pretales, tenía genio militar...”

José Tomás Boves, el terrible caudillo que destruyó las tropas de Bolívar en la Puerta y Maturín y habría muy probablemente retardado la victoria de los patriotas sin el bote de lanza que en la batalla de Urica lo envió a reunirse con sus antepasados, como dicen los chinos es para nosotros la figura más interesante en el campo realista.

Lo afirmamos, no solo en vista de sus talentos militares, sino también porque en él se reúnen ciertas condiciones que caracterizan los primeros años de la guerra civil que nos dió la independencia y sirven para explicarla.

Por nacimiento, Boves era español, oriundo de las tierras de Asturias de donde vinieron muchas de las familias más importantes de la Colonia. Pero con largos años de vivir en Venezuela, sin deseo alguno de retornar a su patria, en contacto permanente con las clases populares por su oficio de comerciante vendedor de correajes y aperos de caballería, al estallar la guerra podía considerarse tan americano como el que más. El lugar de origen no era demasiado importante en esos primeros años de la contienda. Allí estaban el español Campo Elías ayudándole a Bolívar y compitiendo en

ferocidad con su paisano Boves, mientras que un futuro presidente de Colombia, José María Obando, consagraba sus talentos de guerrillero y caudillo a sostener al rey de España. Contrabandista o pirata en sus mocedades, como Morales, Boves estaba ya vinculado a América con lazos irrompibles, porque de América podía esperar todo y de España muy poco.

Esto explica la profunda desconfianza que le tuvieron siempre los militares y funcionarios españoles que se beneficiaban con su victoria, pero temían que el asturiano acabara por emplearlas en su propio favor, realizando lo que no pudo pero sí quiso hacer el tirano Aguirre. Especular sobre lo que hubiera podido suceder es un juego pueril de la inteligencia, pero como la puerilidad es atractiva a veces, puerilmente creemos que Boves habría acabado por proclamar su propia independencia con lo cual lo tendríamos muy de prócer, con estatuas, odas y panegíricos. Pero, basta ya de fantasías.

¿Por qué, a pesar de lo que acabamos de afirmar se lanzó Boves contra los patriotas en vez de ayudarlos?

Porque la guerra de independencia empezó en cierto modo como la rebelión de las clases aristocráticas contra

la metrópoli, en tanto que las populares se inclinaron a la tradición monárquica.

En Nueva Granada el levantamiento fue obra de bachilleres y doctores, apoyados sin demasiado entusiasmo por el pueblo, que tenía al menos el recuerdo de los comuneros para pre-disponerlo contra los peninsulares, pero en Pasto, donde había menos doctores y más aislamiento tradicional, el pueblo fue realista hasta los tuétanos.

En Venezuela la situación era más grave. Había allí una clase aristocrática, oligárquica y aforrada en privilegios: los mantuanos. De su seno salieron grandes figuras como Bolívar, Sucre, Rivas, Soublette, Urdaneta. Eran los blancos que detestaban y temían a las clases de color, desconfiaron de Miranda porque no era de los suyos y hasta la víspera misma de la insurrección pleitearon sin descanso para que los de abajo no pudieran usar el título de *don* ni aspirar a puestos públicos, ni igualarse en forma alguna a los felices mantuanos. Si fuéramos a aplicarles calificativos modernos diríamos que eran segregacionistas.

Es claro que esta situación creaba un sordo descontento en las masas populares que no necesitaban para estallar sino la chispa, o sea, en este caso, la rebelión de los mantuanos contra el rey. Eso lo vio Boves y por eso llamó a los llaneros, a las gentes de color, a los plebeyos. Los plebeyos se le juntaron como una nube que algunos creyeron que era de moscas, cuando en realidad era de águilas. Gentes como Rondón, el del Pantano de Vargas y el famoso Negro Primero. Aun cuando parezca paradójico y desconcertante, nos atrevemos a afirmar que las hordas de Boves fueron la mejor escuela militar de los patriotas.

El mérito de Boves como militar, lo que a pesar de sus crueldades y su

ignorancia le da puesto de primera fila en la historia bélica, es que descubrió al llanero, es decir la importancia fundamental del llanero como soldado y del llano como campo de batalla.

Es indudable que Boves, el oscuro vendedor de jáquimas y pretales, tenía genio militar. No era un técnico ni podía serlo porque jamás pisó una academia, pero tenía el golpe de vista, la comprensión del momento oportuno, la visión sintética del campo de batalla que forman al verdadero general. Bolívar podría declararlo no bajo la gravedad del juramento sino bajo el dolor de sus derrotas.

Boves descubrió al llanero. Al descubrirlo, por una de esas antinomias tan frecuentes en la historia, aseguró el triunfo temporal de los realistas pero el definitivo de los patriotas, porque cuando el Taita Boves cayó en Urica el Mayordomo Páez empezó a recoger los instrumentos que el primero había forjado y a consagrarlos a la patria. Al regresar de las Antillas para seguir, como jefe supremo, la guerra redentora, Bolívar encontró las tropas que Páez había juntado, en el territorio que había libertado. Los llaneros salvaron a la Guayana y la Guayana salvó a la Gran Colombia.

¿En qué consistió el descubrimiento militar del llanero?

En que Boves se dió cuenta cabal aunque instintiva, de que esos jinetes desarrapados, voluntariosos, medio salvajes que arreaban y robaban ganados en los llanos, eran muy superiores para la lucha en Venezuela a las tropas regulares, disciplinadas a la europea con que el español Monteverde y el patriota Miranda querían decidir la contienda.

Tenían dos ventajas, combinadas en una sola: el llanero y el llano.

El llanero sabía resistir cabalgatas

inverosímiles, vivir de carne sin sal, soportar el calor tórrido y las inundaciones desmesuradas. Fuera del caballo y una lanza, que bien podía ser un palo aguzado no necesitaba equipo, pues en último caso podía montar en pelo. La silla que habitualmente usaba era sencilla y ruda. ¿Uniformes? Quién iba a pensar en tales refinamientos. Morillo tuvo la gran sorpresa cuando ya muy adelantada la campaña, en vísperas de la marcha de Bolívar sobre la Nueva Granada vió llaneros ataviados con morriones a la inglesa...pero descalzos. Ya entonces los patriotas empezaban a recibir aprovisionamientos europeos y soldados de la Legión Británica.

El llanero era derrotable pero difícilmente aniquilable pues su movilidad le permitía huir del campo de batalla y juntarse con los demás fugitivos en sitios inaccesibles para el vencedor. Eso mismo le permitía renovar el ataque en cualquier momento, como lo supo muy bien el Brigadier Latorre cuando después de marchas fatigosas contra un enemigo incohercible, este se le juntó en las sabanas de Mucuritas. Hablando en términos de meteorología la horda llanera era nube que podía disiparse y condensarse a voluntad.

¿Y el llano? Ese también lo descubrió Boves, militarmente hablando. Era para las tropas de infantería lo que la estepa rusa para los invasores napoleónicos o alemanes: Algo sin fronteras, sin límites. Los regimientos vencidos no quedaban nunca acorralados contra la pared. Detrás del campo de batalla se extendía siempre la llanura desmesurada. Como en esas inmensas extensiones de pantanos, matas de monte y dehesas ganaderas no había verdaderos centros vitales, sino apenas caseríos y haciendas, no existía tampoco un objetivo militar definido. Conquistar en Europa a París,

Berlín, Madrid o Roma es casi ganar la guerra. En los llanos se conquistaba solo el campo de batalla. A veces, como en las Queseras del Medio, los adversarios quedaban a la vista, como antes del combate.

En cambio, el ejército venido de Caracas o Valencia, es decir de las tierras realmente civilizadas de Venezuela se hallaba frente a frente de la desesperación: insectos, hambre, humedad, calor, fatiga de las marchas continuas, noches de insomnio porque en cualquier momento la tropilla de jinetes enemigos montaba el galope repentino del asalto y la fuga.

Morillo se dió cabal cuenta de lo que ocurría. En su informe al gobierno peninsular, habla con no velada admiración de esos jinetes que se lanzaban al río desde la barranca, con la silla en la cabeza y la lanza en la boca y sin necesidad de puentes trasladaban tres o cuatro mil hombres de una orilla a la otra en un cuarto de hora.

También se dió cuenta del cambio de la opinión. Los llaneros, fieles al rey Fernando al principio, desertaban ya en creciente número a buscar las banderas republicanas. El prestigio de Páez substituía al de Boves y deslumbraba a los llaneros, enamorados como toda comunidad primitiva de la fuerza y del valor físico. "Se nos está incorporando por **puntas**", escribe uno de los jefes patriotas, empleando una expresión que en la jerga ganadera de los llanos significa partida de reses. La guerra misma había creado el sentido de la nacionalidad y la independencia y los mantuanos estaban convertidos en héroes de la libertad.

Pero el alma de Boves, el Taita Boves, seguía flotando sobre el océano de la lucha como influencia sutil, en lo militar y en lo político. En lo militar porque los jinetes que decidieron las acciones del Pantano de Vargas, el se-

gundo Carabobo y la pampa de Junín seguían dando las mismas cargas que les enseñó a dar el asturiano y con los mismos métodos. Bolívar y sus compañeros habían logrado darles una disciplina incompleta, pero en el fondo, los héroes republicanos seguían siendo los mismos nómadas sanguinarios que habían acuchillado en las cercanías de Maturín a los emigrados de Caracas. Después de la liberación del Alto Perú (Bolivia) uno de sus batallones se quedó en las mesetas andinas y bajó luego a las llanuras de la República del Plata entregado a la increíble tarea de venderse al mejor postor, hasta que sus últimos hombres desaparecieron devorados por la guerra inacabable. Por cierto que esos centauros decidían siempre la contienda a favor de sus protegidos del momento. Si alguna duda queda sobre nuestras afirmaciones léanse los siguientes conceptos de Bolívar sobre el Negro Infante, aquel que en el texto de historia patria con que estudiábamos aparecía como la víctima inmaculada de un error judicial: o de rivalidad entre militares y civiles:

“Nadie era más feroz que él: que mil veces había dicho que su instinto universal era matar a los vivientes y destruir a lo inanimado; que si veía suspenso un cordero le daba un lanzazo y si una casa la quemaba, todo a mi presencia. Tenía una antipatía universal, no podía ver nada parado. A Rondón que valía mil veces más que él, lo quiso matar mil veces. Y con esto he dicho todo”.

En lo político, oculta bajo los pliegues de la bandera republicana seguía la lucha entre mantuanos y pardos, el espectro amenazante de la guerra de clases, que en aquel medio tropical de blancos, zambos, mulatos y mestizos era sencillamente la lucha de razas, el oscuro instinto que agrupó a todos

los plebeyos en las huestes de don José Tomás Boves.

Tan grande era el peligro que llevó al banquillo al General Piar, el héroe de la batalla de San Félix, fusilado por orden de Bolívar y acompañado en su marcha a la eternidad por una proclama del Libertador que recuerda al evocar la salud pública, los argumentos de Cicerón contra Catilina. (1) La ejecución en Bogotá del Almirante Padilla preso desde mucho tiempo antes, y a quien en realidad no se le comprueba participación alguna en la nefanda noche septembrina, nos ha hecho pensar a veces que su color negro tuvo parte en su implacable destino. Lo indiscutible es que Páez trató de enviar a la campaña del Sur (Pichincha, Junín, Ayacucho), el mayor número posible de sus más peligrosos subalternos, con el piadoso deseo de que allá murieran heroicamente, asegurando de un solo golpe la gloria, la libertad y la seguridad de la patria. La herencia de Boves no se podía aceptar sin beneficio de inventario.

Tanta razón tenía el **Catire** Páez que la historia de Venezuela siguió dominada hasta ayer, casi hasta hoy, por los caudillos militares. Desde Boves hasta Juan Vicente Gómez(pasando

(1) Hace muchos años mi finado padre Don Nicanor Restrepo Restrepo escribió un artículo para demostrar que la frase que se le atribuye a García Rovira “**firmes Cachirí**” y que figura en su estatua es un error. No solo eso: es una frase realista.

Con ella el comandante español animó hasta el último instante a los valerosos soldados del Batallón Cachirí formado principalmente por granadinos capturados en la batalla de ese nombre, que demostraron en San Félix el heroísmo que caracterizó siempre a la infantería colombiana.

Es muy lógico que su coronel grite al Batallón Pichincha, pongamos por ejemplo, “**firmes Pichincha**”, para animarlo en una batalla, pero es absurdo pensar que si ese batallón se bate en el vallecito del Sopó su jefe le grite: Firmes Sopó.

Nota del Autor.

por los Monagas, hay una dinastía continua de **condotieros**. Los mismos dictadores de aspecto civil como Guzmán Blanco y Crespo se apoyaban en el cuartel.

Si Boves demostró en su corta carrera, capacidad de táctico, más impresionante fue su calidad de caudillo, de conductor. El hombre que llegó a disponer de diez y nueve mil soldados y a juntar en un solo cuerpo doce mil, en un territorio escasamente poblado debió tener un tremendo magnetismo personal.

Que fue cruel, es indudable, pero es injusto hablar de la crueldad de los españoles cuando nos referimos a Boves, ya que según dato que leímos en Restrepo, entre sus quince mil soldados había apenas ciento sesenta españoles. Los demás eran "de los nuestros" como dicen los Padres Jesuitas al referirse a sus hermanos en religión.

Boves, venido de Asturias, fue, militarmente hablando, un producto del llano. En las montañas de Nueva Granada no habría podido desempeñar su papel. Fue un genio de los jinetes nómadas, como Gengis Kan, aunque

en teatro mucho más reducido. Su talento consistió en comprender el medio y sus habitantes. En el llano triunfaba la carga desenfadada; en las cordilleras, la maniobra. Para brillar en toda la amplitud de su talento, Sucre tuvo que abandonar el llano. Mientras estuvo en él fue un coronelito a quien Bolívar discutió alguna vez el grado. En Ayacucho los jinetes echaron pie a tierra y se convirtieron en infantes, desconcertando por cierto a los realistas. En el Apure, el Arauca y el Orinoco no habrían podido hacerlo sin que los degollaran.

Al escribir este artículo no tratamos de hacer el panegírico de Boves sino de colocarlo en su verdadera posición histórica. Fue un caudillo leal a sus ideas, genial y sanguinario, pero descubridor de una faceta admirable del alma americana, que si al principio hizo sufrir y padecer a los patriotas más tarde los llenó de gloria, porque cuando el comandante Rondón fue felicitado por Páez en el torbellino mismo de lanzas de las Queseras, contestó orgulloso: así se baten los hijos del Alto Llano. A batirse así le había enseñado su antiguo jefe don José Tomás Boves.